

«EL ESPÍRITU SANTO REJUVENECE A LA IGLESIA»: DE IRENEO AL VATICANO II

JOSÉ LUIS MORENO

1. EL REJUVENECIMIENTO DE LA IGLESIA, OBJETIVO DEL CONCILIO VATICANO II

El Concilio Vaticano II se propuso cuatro objetivos: la definición o conciencia de la Iglesia, su renovación, el restablecimiento de la unidad de los cristianos y el diálogo con el hombre actual¹.

El objetivo de la renovación se expresaba también con la palabra «rejuvenecimiento» y fue una constante desde la convocatoria hasta la clausura del Concilio. En la Constitución de convocatoria Juan XXIII manifestaba su esperanza: «Será ésta una demostración de que la Iglesia, siempre viva y siempre joven (...) irradia nuevas luces, logra nuevas conquistas, aunque permanece siempre idéntica a sí misma»². Pablo VI, al comenzar la segunda sesión, reafirmaba el mismo objetivo, indicando por dónde se debía orientar: «Esta renovación debe brotar de la conciencia de la relación que une a la Iglesia con Cristo. La Iglesia quiere buscar su imagen en Cristo. Si después de esta contemplación descubre en su rostro o en su vestido nupcial alguna sombra o algún defecto, ¿qué es lo que debe hacer espontánea y valientemente? Está claro: renovarse, corregirse, volver a identificarse con su divino modelo, lo que constituye su principal deber»³. Y el Mensaje final del Concilio dirigido a los jóvenes, les dice: «La Iglesia durante cuatro años ha

1. Así lo expuso Pablo VI en el discurso de apertura de la segunda sesión (29 de septiembre de 1963): en *Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II. Edi­ción bi­lin­güe pro­mo­vi­da por la Con­fe­ren­cia Epi­scop­al Es­pa­ñola* (Madrid 1993), p. 1108ss. En adelante citaremos por CEV.

2. CEV, p. 1070. El Mensaje inaugural de los Padres conciliares expresaba el mismo deseo: «En esta asamblea, bajo la guía del Espíritu Santo, queremos buscar el modo de renovar­nos a nosotros mismos, para que se nos encuentre cada vez más fieles al Evangelio de Cristo» (CEV, p. 1075). Juan XXIII al clausurar la primera sesión repetía que uno de los objetivos del Concilio era que «la Santa Iglesia, firme en la fe, robustecida en la esperanza y más fervorosa en el amor, florezca con un cierto vigor nuevo y joven» (CEV, p. 1102).

3. CEV, p. 1113.

trabajado para rejuvenecer su rostro, para responder mejor al plan de su Fundador, el gran Viviente, Cristo eternamente joven (...). La Iglesia es la verdadera juventud del mundo; posee lo que constituye la fuerza y el encanto de los jóvenes: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y partir de nuevo hacia nuevas conquistas»⁴.

El tema de la renovación estará resonando continuamente en el aula conciliar y aparecerá en la mayoría de los documentos conciliares: La Iglesia necesita de purificación, conversión y renovación continua (LG 8; 15; GS 21; 43; UR 4); se trata de una renovación sobre todo interior, que afecta expresamente, a la vida de los sacerdotes (CD 16; PO 1; 12; OT 1), a la vida religiosa (PC 2), al compromiso de todos los cristianos en la responsabilidad misionera (AG 35); esta renovación, a la que contribuye una buena educación cristiana (GE 12), es el mejor remedio contra el ateísmo (GS 21) y hace que la Iglesia se convierta en fermento y alma de la sociedad humana, que también se debe renovar en Cristo (GS 40).

Y de manera constante en el Concilio se presenta la renovación vinculada al Espíritu Santo (LG 7; 9; 12; GS 21; 26; PC 2; OT 1), en diversos sentidos que comentaremos más adelante.

2. LA ACCIÓN REJUVENECEDORA DEL ESPÍRITU, SEGÚN IRENEO

El objetivo conciliar de renovar la Iglesia, de ponerla al día y de rejuvenecerla se vivía también en el ambiente eclesial. En ese contexto era normal que, cuando en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia se hable del Espíritu, aunque sea de manera concentrada, se mencione expresamente su función en orden a la renovación eclesial. Más aún, que se busque algún texto patrístico como aval del necesario rejuvenecimiento de la Iglesia al que la guía el Espíritu. De ese modo se protegía de las reticencias que suscitaba en algún sector de los Padres conciliares la idea de la renovación, con resonancias del principio protestante de «Ecclesia semper reformanda»⁵.

4. CEV, p. 1085s.

5. Pablo VI sale al paso de estas preocupaciones en el discurso de apertura de la 2.ª sesión: «Sí, el Concilio intenta una floreciente renovación de la Iglesia. Sin embargo, hay que evitar que alguien, ante lo que afirmamos y deseamos, piense que Nos admitimos que se puede acusar a la Iglesia católica en nuestro tiempo de haber traicionado la intención de su Fundador en cuestiones fundamentales. Al contrario, el descubrimiento de su fidelidad esencial a Cristo nos llena de una gozosa y contenida alegría y nos da la valentía y el deseo de corregir los fallos propios de la debilidad humana. La renovación que pretende el Concilio, por tanto, no ha de entenderse como una revolución en la vida de la Iglesia ni una ruptura

Esta solución es facilitada por un pasaje de Ireneo, que la primera redacción trae textualmente en nota, aunque en la redacción definitiva quedará sólo como referencia. Así quedó en LG 4:

«(El Espíritu Santo) con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo (nota 3). En efecto, el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús; “Ven” (cfr. Apoc 22,17)».

En la nota 3 a pie de página se hace referencia a San Ireneo: *Adv. Haer.* III, 24, 1.

En la redacción primera de este pasaje (abril 1963) se traía la cita textual de Ireneo en nota⁶. Pero ya el texto «enmendado» (septiembre 1964) suprime la cita y deja sólo la referencia, quedándose como será la redacción definitiva. No obstante, los redactores siguen teniendo muy presente el texto de Ireneo, que lo vuelven a mencionar en la explicación que dan de la nueva alusión a la renovación de la Iglesia en LG 9⁷.

Aunque el texto conciliar remite a Ireneo, su brevedad no le permite poner de relieve la hondura teológica y la riqueza de contenidos que el Obispo de Lión atribuye a la acción rejuvenecedora del Espíritu. Examinemos el texto de Ireneo para poder nosotros extraer y disfrutar sus riquezas:

«Guardamos celosamente la fe recibida de la Iglesia, fe que, como un depósito (un líquido) de gran valor colocado en un buen recipiente, rejuvenece siempre bajo la acción del Espíritu de Dios y hace rejuvenecer al mismo recipiente en que se halla depositada. A la Iglesia se le ha confiado este Don de Dios (Jn 4,10) como el aliento a la obra modelada (Gen 2,7), a fin de que tengan vida todos los miembros que lo reciben. En ella está depositada la comunión con Cristo, es decir, el Espíritu San-

con sus tradiciones en lo que tienen de valiosas y venerables, sino más bien quiere apreciar esas tradiciones, despojarlas de sus formas caducas y defectuosas y hacerlas más auténticas y fecundas» (CEV, p. 1113).

6. El texto de la 1.ª redacción decía: «Ubi Ecclesia, ibi et Spiritus Dei, qui per virtutem Evangelii iuvenescere facit Ecclesiam eamque perpetuo renovat». Y en nota cita textualmente a Ireneo: «Quam (praedicationem) perceptam ab Ecclesia custodimus, et quae semper a Spiritu Dei quasi in vaso bono eximum quoddam depositum iuvenescens et iuvenescere faciens ipsum vas in quo est (...). Ubi enim Ecclesia, ibi et Spiritus Dei; et ubi Spiritus Dei, illic Ecclesia et omnis gratia» (*Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Vaticani II* [en adelante *Acta*], III, 1, p. 169).

7. En el texto «enmendado» se añade esta frase «La Iglesia permanece como esposa digna de su Señor y se renueva sin cesar por la acción del Espíritu Santo». Y la relación explica: «Por último algunos quisieron una indicación sobre la renovación de la Iglesia. Eso se expresó ya aludiendo al texto de San Ireneo (*Adv. Haer.* III, 24, 1). Ese texto se cita más ampliamente en el n. 4 (de LG)» (*Acta*, III, 1, p. 182).

to, prenda de incorrupción (Ef 1,14), confirmación de nuestra fe (Ef 3,16; Col 2,7) y escala de subida a Dios (Gen 28,12). Porque en la Iglesia, se dice, puso Dios apóstoles, profetas, doctores (1 Cor 12,28) y toda la demás actividad del Espíritu (1 Cor 12,11). Los que no se adhieren a la Iglesia no participan del Espíritu, sino que se privan a sí mismos de la vida por su falsa doctrina y por sus malas obras. Porque donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios y donde está el Espíritu de Dios allí está la Iglesia y toda gracia, pues el Espíritu es la verdad (1 Jn 5,6). Por lo tanto, quienes no participan de él ni se nutren de los pechos de la Madre para la vida ni disfrutan de la fuente limpiísima que mana del cuerpo de Cristo (Jn 7,37-38), se excavan cisternas agrietadas (Jer 2,13) de pozos de tierra y beben agua pútrida de un cenagal, puesto que huyen de la fe de la Iglesia para no ser desenmascarados y rechazan al Espíritu para no ser instruidos»⁸.

Con este texto Ireneo concluye la siguiente argumentación: Han quedado desenmascaradas y reducidas a la nada las elucubraciones de los herejes (gnósticos); por el contrario, la fe predicada por la Iglesia (que afirma un único Dios Creador y la encarnación de su Hijo para salvar y recapitular su propia creación) permanece firme, constante y siempre igual. La razón es porque la Iglesia tiene al Espíritu Santo que la vivifica y que hace que la fe no se deteriore, sino que se mantenga siempre idéntica y siempre joven, haciendo así que la misma Iglesia se mantenga siempre joven y firme en su misma enseñanza.

El Obispo de Lión encuentra expresada la capacidad rejuvenecedora del Espíritu en varios textos y temas bíblicos:

a) El Espíritu es en la Iglesia lo que el *aliento* («aspiratio») soplado por Dios sobre el hombre de barro, que lo hace un ser vivo (cfr. Gen 2,7). Ese aliento de vida («flatus vitae»), como lo llama otras veces Ireneo, es el alma⁹. Esa es la función que tiene el Espíritu vivificante en la Iglesia: vivificar a todos los miembros del Cuerpo de la Iglesia. Nos encontramos aquí, pues, con el primer testimonio patristico de la doctrina del Espíritu como «alma» de la Iglesia, tema que tendrá mucho éxito en los escritores cristianos y en el mismo Magisterio eclesiástico¹⁰.

b) El Espíritu es *prenda de incorrupción* («arrha incorruptelae»). Con esta expresión alude a Ef 1,14, donde se llama al Espíritu «prenda

8. Seguimos la reconstrucción del texto propuesta por F. SAGNARD (*Sources*, 34), pp. 386-393; 472-474.

9. Cfr. los comentarios de Ireneo a Gen 2,7: *Adv. Haer.* II, 34,4; III, 21,10; IV, 20,1; V,7,1; V,12,1-2 y la explicación de A. ORBE, *Antropología de San Ireneo*, Madrid 1969, 67-77; *Teología de San Ireneo*, I, Madrid 1985, pp. 326-345; 534-554.

10. Cfr. S. TROMP, *De Spiritu Sancto Anima Corporis Mystici*, I: *Testimonia selecta e Parribus graecis*. II: *Testimonia selecta e Parribus latinis* (Roma 1932), además de los textos citados en LG, 7, nota 8.

de nuestra herencia». Ireneo gusta de llamar a la herencia de la vida eterna «incorrupción», porque es llegar a alcanzar la «inmortalidad», la « semejanza con Dios », es decir, la «divinización»¹¹. Por el Espíritu Santo se nos dan ya las «arras», la prenda, la parte anticipada como fianza de la plenitud que luego se nos regalará. Así el hombre tiene ya el fundamento de la incorrupción definitiva y se va preparando y acostumbrando a la visión de Dios, que es su vida¹². El Espíritu le proporciona ya ahora, viviendo en la carne, una participación de la vida de Dios, que como tal no puede envejecer, porque es incorruptible, sino que permanece eternamente joven.

Este es el verdadero principio de juventud que el Espíritu proporciona. Aquí está el verdadero elixir de juventud. El conocimiento de Dios, por el que comenzamos ya a tener un anticipo de la visión plena, es el que renueva efectivamente al hombre, haciéndole pasar del estado del hombre que se envejece y se corrompe al del hombre nuevo, al que rejuvenece y adquiere la incorrupción¹³. Y este principio de eterna juventud es dinámico, porque va creciendo, como indica la siguiente comparación.

c) El Espíritu es *escala de subida a Dios* («*scala ascensionis ad Deum*»). Sin duda está evocando aquí la escala del sueño de Jacob de Gen 28,12. ¿Qué tiene que ver el Espíritu con la escala y en este contexto? Todo hace suponer que veladamente está aludiendo al tema del crecimiento

11. Cfr. M. AUBINEAU, *Incorruptibilité et divinisation selon Saint Irénée*, en «Recherches des Sciences Religieuses» 44 (1956) 25-52.

12. En *Adv. Haer.* V, 8, 1, explicita el mismo tema: «Al presente recibimos de su Espíritu una particilla que nos disponga y prepare a la incorrupción, habituándonos poco a poco a captar y sostener la vista de Dios; es lo que el Apóstol en la carta a los Efesios llamó «arras», a saber, una porción del honor que nos ha prometido Dios (...). Esta prenda por habitar en nosotros nos hace ya espirituales y lo mortal es absorbido por la inmortalidad». Vid. el comentario de A. ORBE, *Teología de San Ireneo, I*, Madrid 1985, pp. 362-377.

13. Así lo explica Ireneo en *Adv. Haer.* V, 12, 4, recogiendo el tema paulino del hombre viejo-hombre nuevo y afirmando que el Espíritu da vida y juventud a la carne: «El Apóstol confesaba que «*el vivir en la carne es fruto de obra*» (Filip 1,22). Ahora bien, fruto del Espíritu que obra es la salvación de la carne. ¿Qué otro fruto visible ofrece el Espíritu invisible, sino llevar la carne a madurez y hacerla capaz de incorrupción? Si, pues, «*el vivir en la carne es para mí fruto de obra*», cuando decía «*despojándoos del hombre viejo con sus obras*» (Col 3, 9), ciertamente no despreciaba la sustancia de la carne, sino que manifestaba el despojo de nuestro primer régimen de vida, que se envejece y corrompe (*veterescit et corrumpitur*) (cfr. Ef 4, 22). Y por eso añadió: «*y vistiendo el nuevo hombre, aquel que se renueva en conocimiento a imagen del que lo creó*» (Col 3, 10). Al decir, pues, «*el que se renueva en conocimiento*» demostró cómo aquel mismo hombre que antes estaba en ignorancia —sin conocer a Dios— se renueva mediante el conocimiento de Él. El conocimiento de Dios renueva efectivamente al hombre. Y al decir «*a imagen del que lo creó*» daba a entender la recapitulación del hombre, hecho en el principio a imagen de Dios (cfr. Gen 1, 27)». Este pasaje, con la teología de la «salus carnis» y la oposición ireneana a los gnósticos, ha sido profundamente comentado por A. ORBE, *Teología*, cit. I, pp. 577-586; *Adversarios anónimos de la «salus carnis»*, en «Gregorianum» 60 (1979) 9-52.

progresivo en ese ir ganando cada vez más incorrupción, más vida inmortal. Es decir, nuestra vida, en la medida en que por el Espíritu se va asemejando a Dios, en lugar de envejecer, se rejuvenece. Ireneo expresa este tema del progreso con varias metáforas: una muy frecuente es la de la maduración: «el fruto del Espíritu... es llevar la carne a madurez y hacerla capaz de la incorrupción»¹⁴. Otra es la de «irse acostumbrando», porque la pedagogía de Dios no procede por saltos violentos, sino progresivos¹⁵. Éste es también el sentido de la metáfora de la escala: Se trata de ir ascendiendo gradualmente hacia Dios, pues hay que irse acostumbrando poco a poco (*paulatim*) a Él¹⁶. Aunque San Ireneo no lo desarrolla, el recurso a la escala de Jacob tendrá gran éxito en la historia de la espiritualidad para describir el crecimiento o itinerario espiritual¹⁷.

d) El Espíritu es también *comunión de Cristo* («communicatio Christi»). Esta expresión, aunque no se refiere a ningún texto bíblico concreto, sin embargo alude a la función de «comunión» propia del Espíritu (cfr. 2 Cor 13,3; Filip 2,1; Ef 4,3), Dicha función afecta a la unión entre Cristo y el cristiano, porque el Espíritu comunica a los discípulos lo que recibe de Cristo (cfr. Jn 16,14-15). Y también afecta a la unión de los miembros del Cuerpo místico de Cristo, porque todos los que han recibido un solo Bautismo y han bebido de un solo Espíritu forman un solo cuerpo (cfr. 1 Cor 12,12-13; Ef 4,3-4). La comunión y unidad eclesial no es pobreza o carencia de dones del Espíritu, sino la sinfonía armónica de los ministerios y carismas con que el Espíritu enriquece a la Iglesia, es decir: «toda la actividad del Espíritu», que recuerda Ireneo¹⁸.

Nuestro Obispo quiere destacar el tema de la «comunión» precisamente aquí, porque las doctrinas de los herejes, diversas y disgregado-

14. *Adv. Haer.* V, 12,4; cfr. IV, 5, 1; V, 29, 1; Cfr. M. AUBINEAU, *o.c.*, especialmente 42-47; H. LASSIAT, *Promotion de l'homme en Jésus-Christ d'après Irénée de Lyon*, Tours 1974, p. 120. Sobre la capacidad de incorrupción de la carne, dice en *Adv. Haer.* V,12,1: «Como la carne es capaz de corrupción, también lo es capaz de incorrupción, y como lo es de muerte, también lo es de vida»; cfr. III,20,2; vid. A. ORBE, *La definición del hombre en la teología del siglo II*, en «Gregorianum» 48 (1967) 549ss; *Antropología*, cit., p. 395ss.

15. Cfr. *Adv. Haer.* III, 20, 2; IV, 5, 4; IV, 14, 2; V, 3, 3; V, 32, 1; V, 8, 1. El tema lo ha estudiado P. EVIEUX, *Théologie de l'accoutumance chez S. Irénée*, en «Recherches des Sciences Religieuses» 55 (1967) 5-54.

16. Ireneo tiene predilección por el «paulatim» y por los pasos progresivos: «el hombre que se encuentra en Dios siempre progresa hacia Dios» (*Adv. Haer.*, IV, 11, 2); «el hombre progresa poco a poco y se aproxima al Increado» (IV, 38, 3); cfr. IV, 9, 3 V, 8, 1; V, 32, 1.

17. La obra más característica es *La Escala del Paraíso* de S. Juan Clímaco, pero hay numerosas alusiones antes y después de él, comenzando ya en Filón de Alejandría: Cfr. E. BERTRAND, *Échelle Spirituelle*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, IV, 62-86.

18. Ireneo testimonia la experiencia de los dones carismáticos en su tiempo: cfr. *Adv. Haer.* II, 31, 2; II,32,4; V,6,1 (Vid. C. GRANADO, *El Espíritu Santo en la teología patristica*, Salamanca 1987, p. 42).

ras, rompen esa comunión, al contrario que la fe de la Iglesia, que es una idéntica y permanente¹⁹. La división no puede ser fruto del Espíritu, sino que es la unidad. Ahora bien, la división lleva a la corrupción, mientras que la unidad lleva a la incorrupción, hasta participar de la unidad de la vida de Dios²⁰. Por eso el Espíritu, al mantener la comunión de la fe es fuente de incorrupción y de juventud²¹.

e) El Espíritu es también *confirmación de nuestra fe* («confirmatio fidei nostrae»). Está evocando, sin duda, un tema paulino: «Que seáis vigorosamente fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones» (Ef 3, 16-17; cfr. Col 2,7). Y está en la línea dinámica del conocimiento progresivo de Dios, que, según hemos visto, va haciendo participar en la incorruptibilidad, es decir, proporcionando vida y rejuvenecimiento. Ese conocimiento de Dios no es la iluminación gnóstica, sino la fe en Cristo, el cual revela progresivamente el conocimiento del Padre a los que creen en Él²². Jesús mismo ya había prometido a los discípulos que el Espíritu de la verdad les enseñaría todo, les recordaría todo lo que Él había dicho y los guiaría hasta la verdad completa (cfr. Jn 14,26; 16,13). En el mismo texto que estamos comentando Ireneo dice que los que se apartan de la Iglesia se apartan también del Espíritu para no ser instruidos.

f) El Espíritu es *fuelle limpsima que mana del cuerpo de Cristo* («de corpore Christi procedentem nitidissimum fontem»). Alude aquí el Obispo de Lión a un tema querido de la teología joánica: el Espíritu Santo es el agua viva que Cristo anunció a la samaritana como el «Don de Dios» (cfr. Jn 4,10)²³; agua viva que brota del seno de Jesucristo

19. Este es un tema muy querido de Ireneo: Cfr. por ejemplo *Adv. Haer.* V, 20, 1: «Las huellas de la doctrina de los herejes se hallan en dispersión, sin consonancia ni lógica. En cambio la senda de los hijos de la Iglesia, en posesión de la firme tradición de los Apóstoles y nos ofrece el espectáculo de una y la misma fe en todos (...). Es ciertamente verdadera y firme la predicación de la Iglesia, cuando en ella se da a conocer por todo el mundo una sola y misma vía de salvación» (vid. comentario de A. ORBE, *Teología de San Ireneo II*, Madrid 1987, 294-319); y textos similares sobre la tradición, predicación y fe «una y la misma»: Y, 10, 2; III, 3, 6; III, 13, 1.

20. Expresa esta idea al comentar los frutos del bautismo: «Nuestros cuerpos, por el baño del bautismo han recibido la unidad que los hace incorruptibles; pero nuestras almas han recibido esta unidad por el Espíritu, porque uno y otro proporcionan la vida de Dios» (*Adv. Haer.* III, 17, 2). La vinculación de la unidad a la incorruptibilidad es un tema platónico.

21. En *Adv. Haer.* III, 2, 3 aplica a la fe una e idéntica el calificativo de «vivificadora», el mismo que se aplica al Espíritu: «Es clarísima esta demostración: que la única y misma fe vivificadora es la que en la Iglesia ha sido conservada y transmitida en la verdad desde los Apóstoles hasta hoy».

22. Cfr. *Adv. Haer.* IV, 6, 3: vid. A. ORBE, *La revelación del Hijo por el Padre según San Ireneo: «Gregorianum»* 51 (1970) 5-83.

23. Poco antes, en *Adv. Haer.* III, 17, 2, había comentado: «Se apiadó nuestro Señor de la samaritana y le mostró y prometió agua viva para que no tuviera más sed, sino que tuvie-

(cfr. Jn 7,37-39), significada en el agua que salió de su costado en la cruz atravesado por la lanza (cfr. Jn 19,34-45). Es como el río que el profeta Ezequiel había visto salir del lado derecho del templo (cfr. Ez 47,1-12; Ap.22,1-2), que saneaba el agua pútrida del mar Muerto y hacía surgir la vida a su paso (cfr. Ez 47,8-9). Cuando bebe de esa agua el creyente en Jesús, se le convierte en él en un surtidor que salta hasta la Vida eterna (cfr. Jn 4,14)²⁴. En la mente de Ireneo el Espíritu Santo comunica la vida que brota de Cristo, poniendo en el creyente un principio de Vida eterna.

Ahora bien, esa fuente se da en la Iglesia y en su regazo materno, mientras que los que se separan de la Iglesia y su doctrina beben aguas corrompidas y muertas, del cenagal de las cisternas agrietadas, que son las doctrinas heréticas. Este razonamiento viene a probar la afirmación del principio del párrafo que nos ocupa: que la verdadera fe que la Iglesia predica y confiesa de manera fiel, es esa agua que por la fuerza del Espíritu se mantiene viva e incorrupta y por tanto siempre joven, siendo principio interno de juventud de la Iglesia.

De lo expuesto se concluye que el Obispo de Lión entiende en tres sentidos fundamentales el rejuvenecimiento que el Espíritu Santo proporciona a la Iglesia:

1. En cuanto que hace que la Iglesia conserve y transmita el depósito de la fe íntegro e incorrupto.
2. En cuanto que mantiene a los miembros de la Iglesia unidos a Cristo y entre sí, sin rupturas, particularmente en la confesión de la misma fe, dentro de la comunión eclesial y en la riqueza de dones que el Espíritu reparte.
3. En cuanto que el Espíritu infunde en los creyentes el principio de incorrupción e inmortalidad, que es la participación ya en la carne de la vida divina, mediante el conocimiento de Dios, que irá madurando y progresando —creciendo en vida y juventud— hasta la vida plena, la visión y unión con Dios.

La transmisión y confesión de la fe, la comunión eclesial y la vida de la gracia son, por tanto, el verdadero elixir de eterna juventud que el Espíritu regala a la Iglesia.

ra dentro de sí un surtidor que salta hasta la vida eterna (...). El Señor recibiendo ese don del Padre, lo donó a los que participan de él enviando el Espíritu Santo a toda la tierra».

24. Sobre la interpretación de Jn 7, 37-38 y el agua que brota del costado de Cristo referida al Espíritu Santo, vid. Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona 1991, 76-81. Para la interpretación patristica, vid. la bibliografía citada por el mismo Congar, nota 124 y particularmente H. RAHNER, *Flumina de ventre Jesu. Die patristische Auslegung von Joh 7,37-38*, en «Biblica» 22 (1941) 269-302; 307-403.

Pero Ireneo no hace sino reflejar lo que se sentía en el ambiente de la comunidad eclesial de Lión sobre el verdadero rejuvenecimiento. En efecto, la Iglesia de Lión y Viena contaba así la confesión de fe martirial de Blandina: «La bienaventurada mujer, como noble atleta, rejuvenecía en la confesión»²⁵.

3. LAS CLAVES DEL REJUVENECIMIENTO DE LA IGLESIA EN EL MAGISTERIO CONCILIAR Y POSTCONCILIAR

Ya hemos indicado más arriba cómo el Concilio Vaticano II vincula la renovación de la Iglesia a la acción del Espíritu Santo. Es la línea de la tradición bíblica y oracional: «Envía, Señor, tu Espíritu Santo y renovarás la faz de la tierra» (Ps 104,30). Sin detenernos en un análisis pormenorizado de las claves de esa renovación, queremos indicar solamente las influencias, huellas o coincidencias de Ireneo y constatar otros desarrollos del Magisterio que no aparecen en Ireneo en relación al tema del rejuvenecimiento.

Una influencia directa de Ireneo es vincular la fidelidad en la *transmisión de la fe* al rejuvenecimiento del Espíritu. Así lo hace el texto mencionado de LG 4: «(El Espíritu Santo) con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia», citando en nota al pasaje comentado de Ireneo. Aunque el Concilio no da pistas para entender el sentido de «con la fuerza del Evangelio», la referencia de Ireneo nos orienta a interpretarlo «con la fe predicada y transmitida fielmente»²⁶. En esta misma línea el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 175) cita textualmente la primera parte del pasaje de *Adv. Haer.* III,24,1, sobre el rejuvenecimiento, al hablar de «una sola fe».

Otra huella es el poner en relación la renovación con el Espíritu porque es *alma de la Iglesia*, que hemos visto insinuado en Ireneo. Este tema se recoge, por ejemplo, en LG 7²⁷. El *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 797) cuando trata la relación de la Iglesia con el Espíritu Santo y alude al tema del «alma» (aunque prefiere hablar de la Iglesia como

25. *Carta de las Iglesias de Viena y Lión*, en EUSEBIO, *Historia Eclesiástica*, V, 1, 19.

26. Pablo VI en la Carta *Gaudete in Domino*, comentando la sintonía que ha de haber entre Iglesia y jóvenes, explica: «La Iglesia, regenerada por el Espíritu Santo, constituye en cierto sentido la verdadera juventud del mundo en cuanto permanece fiel a su ser y a su misión (...), el dinamismo del Espíritu Santo, de quien la Iglesia recibe inexhaustamente su propia juventud, su fidelidad sustancial a sí misma y, en el seno de esta fidelidad, su viviente creatividad».

27. En las oraciones de las primeras Vísperas de Pentecostés se pide: «Tú que soplaste un aliento de vida en el rostro de Adán, envía tu Espíritu a la Iglesia para que, vivificada y rejuvenecida, comunique tu vida al mundo».

«templo del Espíritu Santo»), recurre al pasaje de Ireneo que nos ocupa, pero sin mencionar la frase alusiva al rejuvenecimiento.

El Concilio y otros documentos postconciliares hablan del desarrollo de los *carismas*, los ministerios eclesiales y de la responsabilidad de los laicos como signo de la renovación y juventud del Espíritu dentro de la comunión eclesial: cfr. LG 12; EvN 73; ChL 2; 20; CCE 798. Ireneo, aludiendo al tema, supone que es la comunión eclesial la que asegura la vitalidad de los carismas.

En la Liturgia aparece el rejuvenecimiento en relación con la gracia y la *participación en la vida divina*, como fruto de la Resurrección de Jesús, además de la perenne juventud de la vida eterna, temas tan queridos a San Ireneo²⁸.

Hay un sentido del rejuvenecimiento eclesial que se desarrolla mucho durante el Concilio y el inmediato postconcilio: es el *aggiornamento*, según expresión de Juan XXIII. Dicho sentido se une con frecuencia al tema de «limpiar y rejuvenecer el rostro de la santa Iglesia» para presentarla a Cristo como una esposa «sin mancha ni arruga» (cfr. Ef 5,27). Es la orientación que subyace en el texto de LG 4 que nos sirve de referencia: «El Espíritu rejuvenece a la Iglesia, la renueva sin cesar y la lleva a la unión perfecta con su Esposo», y que se recoge en otros lugares conciliares: LG 9; 15; UR 4²⁹. En San Ireneo no está presente este tema de manera expresa, pues lo que pretende poner de relieve es que la «Gran Iglesia» es la esposa fiel de Jesucristo, frente a la infidelidad de las sectas heréticas.

Este breve estudio nos ha permitido comprobar una vez más la fuerza y capacidad de sugestión de algunas expresiones patrísticas. Y, a la vez, la profundidad y riqueza de matices que albergan. Ello obliga a tratar las expresiones patrísticas con delicadeza y atención para evitar cualquier tipo de reduccionismo o trivialidad y para descubrir su perenne vigencia y su fuerza teológica.

28. «Renovata animae iuventute» dice la colecta del Dom. III de Pascua y del martes de la semana II, IV y VI de Pascua. Y la colecta por un difunto joven: «ut in beatitudine domus tuae perenni facias iuventute vigere».

29. También la Encíclica programática de Pablo VI *Ecclesiam suam* recogerá el tema, pero matizará finamente el sentido de la verdadera reforma eclesial: «La Iglesia encontrará su renaciente juventud no tanto cambiando sus leyes exteriores cuanto poniendo interiormente su espíritu en actitud de obedecer a Cristo» (n. 47).